
REFLEXIÓN FILOSÓFICA

Borís Koval

*Doctor titular (Historia), ILA
t.b.koval@yandex.ru.*

Boris Koval

*Institute of Latin American
Studies (Russia)*

ENERGÍA HUMANA COMO UN FACTOR POLÍTICO*

Resumen: *En el artículo se examina el principio de la “dimensión humana” de la política. En complementación a los tradicionales métodos institucionales e instrumentales de análisis (y a diferencia de éstos) en el centro se coloca la energía del hombre, su razón, voluntad y moral. Precisamente éstos, y no los sistemas formales sociopolíticos, determinan el sentido y las formas de la vida social.*

Palabras clave: *energía humana, paisaje político latinoamericano, moral y voluntad, desafíos históricos.*

HUMAN ENERGY AS THE POLITICAL FACTOR

Abstract: *The article deals with the principle of "human dimension" of the politics. In addition to the traditional institutional and instrumental methods of analysis (and unlike them) in the center are placed energy of a man, his mind, will and morality. They, and not the formal socio-political system, determine the meaning and forms of social life.*

Key words: *human energy, Latin American political landscape, morality and freedom, historical challenges.*

* Traducción del artículo, publicado en la revista rusa *Латинская Америка*, 2014, № 2.

*“La explicación de lo que se puede explicar,
simplemente demuestra con mayor claridad lo inexplicable que
hay detrás de lo explicable”.*
Herbert Spencer

Planteamiento del problema

En los últimos años, en el centro de la politología se alza más claramente el problema de la “dimensión humana”. Sin embargo, hasta ahora, se da preferencia al análisis de las estructuras sistémicas, institucionales e instrumentales: el poder, Estado, partidos, procesos electorales, política empresarial, globalismo, colisiones étnicas y religiosas, el desarrollo de la sociedad civil y otros. En relación a estos problemas se sugirieron nuevos interesantes conceptos, se ha enriquecido toda la metodología de la investigación. Sin embargo, da la impresión de que la iniciativa creativa es constreñida por las tradiciones establecidas: el pensamiento teórico como que se mueve en círculos y se colma de tautologías. La ilimitada información de internet exitosamente reemplaza el análisis. Cada vez más clara comenzó a sentirse la necesidad de la actualización de los métodos de investigación, el aseguramiento del libre movimiento de la subsecuente epistemología, que admite una razonable síntesis de ciertas disposiciones de la filosofía materialista, idealismo y la reflexión teológica. Tal “omnivoridad” es una ventaja y no una desventaja del *libre* pensamiento científico. En este contexto, es muy útil aproximarse al examen multinivel de los *papeles y fuerzas de las energías humanas internas en la vida política*.

Aparentemente todos hablan solamente de esto, pero, por extraño que parezca, *la real dimensión humana de la política*

está poco desarrollada. La atención se limita a menudo a la capa superior de la política (la llamada *real politik*), la cual como que flote sobre sus cimientos – *the human energy*. La capa profunda les interesa solamente a ciertos científicos. No es casual, por lo visto, que el gran concepto humanista del “factor humano” es dotado más frecuentemente de un sentido negativo. Por lo general es recordado solo en el caso de un grave accidente o actos heroicos. Si el “vuelo” es exitoso, los pilotos son olvidados.

Algo similar es característico también para la politología: en la escena están presentes sistemas e institutos, a los cuales “prestan servicios” las personas, incluyendo las del más alto nivel, por así decirlo, los gobernantes (monarcas, presidentes, ministros, oligarcas). Y si se habla del pueblo, se hace en el tono despectivo de la “filosofía de las masas” (Gustave Le Bon, José Ortega y Gasset, Thomas Carlyle).

Factor humano

Últimamente se ha puesto de moda hablar con énfasis sobre el llamado capital humano. Sus principales criterios se reducen a la constatación de uno u otro *volumen* de experiencia laboral, nivel de educación, esperanza de vida y otros indicadores de *la capacidad competitiva de las personas*. Con este enfoque se deja fuera de borda *la característica cualitativa* de la propia educación, del sentido y motivación de las actividades laborales y espirituales, el grado de satisfacción de la vida, la condición mental y moral de los ciudadanos y mucho más. El “capital humano” finalmente se concibe como un tipo de concepto de comercio y mercado, en vez de concepto humanista. Este enfoque es posible, pero claramente insuficiente y limitado.

Los datos estadísticos generales a menudo ocultan o incluso distorsionan la situación real. Así, por ejemplo, por sí misma la esperanza de vida no es un indicador de la felicidad general. Se puede estudiar 10-12 años en la escuela, pero no obtener un alto nivel de conocimiento. La desigualdad en la distribución de los ingresos, enormes gastos improductivos en armamento y en el ejército, los fraudes financieros estatales y empresariales impactan la situación no del “promedio” estadístico, sino la de cada alma viviente.

Una importante observación más. El concepto de “capital humano” (y capital social) frecuentemente se limita a evaluar la situación *solamente* de la población activa. Los niños, ancianos, desempleados y personas discapacitadas permanecen al margen. Ellos no son, hablando toscamente, el capital humano.

En este contexto, en mi opinión, es conveniente introducir un concepto más amplio – *factor humano*. Con este quiero decir *el lugar y el papel del conjunto de energías internas del individuo y diversas capas de la sociedad sin excepción*. En este caso, la caracterización de cada individuo y grupo tiene sus propias peculiaridades – desde el reconocimiento de su actividad altamente creativa hasta la evaluación de su parasitismo pasivo y parasitismo (aquí se refiere solo de la política).

Protágoras (alrededor de los años 490-420 a.C.) enseñaba: “El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en cuanto que son, de las que no son en cuanto que no son”¹. El principio de la “medida humana” es especialmente importante cuando se evalúa la vida social – la vida a la vez física y laboral (existente) y espiritual-emocional (inexistente, invisible). ¿Acaso el hombre es sólo su cuerpo, brazos, piernas, cerebro, intestinos, etc.? ¿Acaso no es un ser moral, espiritual y

emocional? Y todos estos conceptos absolutamente no son materiales.

En la economía política el principio de “medida humana” fue desarrollado más activamente por Adam Smith (1723-1790). Él concedía particular importancia a los factores morales, los cuales muchos economistas simplemente pasaban por alto o ignoraban intencionalmente. “Nuestra voz interior, –escribía Smith,– es un semidiós, que juzga en nuestra alma sobre el bien y el mal”². La conciencia es inherente en una mitad al origen divino y la otra mitad al origen terrestre. Por esto su “poder es más fuerte y nos controla, por así decirlo, contra nuestra voluntad”³. Precisamente desde el punto de vista de la prioridad de lo semi-divino y lo semi-terrestre, es decir, de la moralidad humana, Smith analizaba todos los fenómenos sociales, incluyendo los económicos. A él le interesaba no el mecanismo, sino el sentido y beneficio de la gestión económica del hombre en la tierra.

Soslayáremos por el momento los problemas económicos y nos concentraremos en la esfera política. Su energía es en gran medida autónoma y siempre pretende ser la regencia general.

Energía política

La política habita en el espacio entre los intereses materiales utilitarios, el lucro y el ansia de poder, por una parte, los valores morales y espirituales – por otra parte. Entre el individuo y la sociedad – por una tercera parte. Esta singular forma de energía humana, la cual ora está formando la inteligencia colectiva y voluntad, ora divide a las personas en distintos “cuarteles”, a menudo convirtiéndolos en enemigos acérrimos. Incluso los miembros de una familia que se aman los unos a los otros

pueden en cierto momento encontrarse en lados opuestos de las barricadas ideológico-políticas o religiosas.

En la noosfera política siempre se entrelazan dos energías – la inconsciente (instinto) y la racional (consciente). Sin su interacción no se realiza ningún proceso social. Lo arcaico y lo moderno conviven perfectamente entre sí. La ventaja, por lo visto, actualmente la posee lo racional, en realidad éste calladito explota la energía de lo inconsciente. Como muestra la práctica, el propio “cuerpo” de la racionalidad política habitualmente contiene mucho irracional. Y esto es comprensible, ya que la razón, como Eva salió de la costilla de Adán, surgió de la niebla de lo inconsciente y preserva en sí su poder místico. Tal genética es también inherente a la política.

El hombre común la observa desde *el exterior*, apoyándose en sus sentimientos e intuición. No dispone de evaluación racional. El político, por el contrario, se encuentra *dentro* del campo político. El líder inteligente y con carácter volitivo, como un imán, arrastra tras de sí a las masas apolíticas o débilmente politizadas gracias a la excepcional energía del carisma personal⁴.

En el caso de la propensión progresista-creativa del carisma personal del líder excepcional, el proceso social se acelera y obtiene cierto tipo de objetivo común. Las masas adquieren una voluntad única, se colman de una sensación de entusiasmo, actúan de manera activa y valiente. Si un líder obtuso y de débil carácter, de forma accidental o engañosamente obtiene el poder y posteriormente sobre estos cimientos artificialmente “se crea” un carisma temporal, suele desarrollarse la más ridícula y peligrosa situación: comienzan rápidamente a manifestarse los caprichos e imprevisibilidad del fortuito ídolo. Como resultado, surge la desordenada vacilación del país de un lado al otro,

aumenta la confusión general de la población, el miedo ante un futuro incierto, aparece la percepción negativa de lo que está sucediendo. Como resultado la energía humana en gran medida se dispersa en vano. El poder político frecuentemente considera que su tarea consiste en cumplir la voluntad de Leviatán y de cualquier manera poner el “debido” orden, formar a la ciudadanía en columnas bajo la custodia de la ley y los organismos de orden público. Para ello es necesario reprimir cualquier manifestación de independiente energía de las masas o con la ayuda de la iglesia “alimentar espiritualmente” no solo a los ciudadanos creyentes, sino también a los ateos.

Un político hábil, según la precisa caracterización de Nicolás Maquiavelo (Niccoló Machiavelli) (1469-1527), se distingue de los ciudadanos comunes en que “ya hace mucho tiempo que no dice lo que piensa y no piensa lo que dice, y si a veces sucede que dice la verdad, él la coloca dentro de tal cantidad de mentiras que es difícil de descubrirla entre ellas”⁵.

Orientarse en las honduras del interminable revuelo social es extremadamente difícil. Este se puede comparar con el flujo caótico de cualquier tipo de ondas magnéticas, eléctricas, radioeléctricas y a las actualmente existentes en internet interferencias y estruendos. Ante nosotros se forma el caos de ideas útiles y perniciosas, infinita demagogia, fantasías, promesas, datos comprometedores y otras absurdidades actuales. Semejante embrollada noosfera político-informativa ahora envuelve a todos y cada uno en la tierra, complicando extremadamente el discernimiento del bien y el mal.

La cantidad de secretos y de interrogantes irresueltos a cada día, aparentemente, disminuye, pero en realidad aumenta. Esta peculiaridad se hace evidente precisamente en la creciente politización de la vida pública. Pero, por otra parte, se vuelve

cada vez más claro que no el hombre es parte de la política, sino la política es simplemente parte de la actividad vital humana, siendo en la mayoría de los casos la más pequeña parte. Las masas de los ciudadanos están lejos de la política, absorbidas por las preocupaciones existenciales personales.

El hombre políticamente activo y librepensador es más bien una excepción de la regla general. Su conciencia y quehaceres prácticos están saturados de vasta y rica energía. En su estructura, además de la inteligencia, voluntad y sentimientos se incluye la memoria, imaginación, fantasía creativa, intuición, ideales motivados, amor, alegría, envidia, la astucia y muchos otros. A estas diferentes manifestaciones de la voluntad y la mentalidad no les gusta existir separados el uno del otro y tienden a entrelazarse en un apretado nudo.

El entendimiento es la esencia principal del hombre, sin embargo la intuición a menudo supera a la razón. La sensación de presentimiento es una gran ventaja del líder carismático, una de sus cualidades excepcionales es también una fuerte e indomable voluntad. Por si misma ella no es capaz de despertarse para laborar, esperando un impulso externo. Este puede ser el interés, objetivo, capricho, tensión emocional. Ella actúa como una fuerza “tecnocrática” y no tiene la capacidad de manera independiente de distinguir el bien del mal. En consecuencia a menudo, muy a menudo, gana la amoralidad. En el mejor de los casos la inmoralidad es una combinación de los actos y deseos buenos y perniciosos.

Martin Luther (1483-1536) afirmaba: “La voluntad humana se encuentra cerca del centro entre Dios y Satanás. Si el hombre es apoderado por el Señor, él gustosamente va para allá... si es apoderado por Satanás, él de buena gana irá a donde Satanás desea”⁶. Precisamente de esta manera se comportan en la

política las personas que no tienen carácter y firmes convicciones. Ellos fácil e irreflexivamente correrán tras la carroza de cualquier “héroe”, incluyendo a los malvados y mentirosos. La historia de América Latina, al igual que todos los demás países, está llena de ejemplos de este tipo.

Gran fuerza tienen en este caso las emociones. Ellas por su naturaleza y temperamento en el fondo del entendimiento y la voluntad parecen energías extrañas y extravagantes. Los instintos inconscientes a menudo poseen su “propia” razón y ayudan a resolver las emergentes colisiones más rápido y mejor que cualquier inteligencia.

Parecería que el hombre, al igual que todos los animales, puede experimentar una sensación de miedo, pero ¿quién, aparte de él, conoce el temor ante la opinión pública o una maldición? La civilización mutila y deforma la virginidad emocional del alma, introduce en ésta una insoportable tensión nerviosa, injerta sus valores – poder, dinero, engaño, rivalidad, celos, etc. La energía emocional de ninguna manera se puede identificar con la moral, más exactamente – con la moralidad.

De una u otra manera las emociones en gran medida directa o indirectamente influyen en la motivación y la forma del comportamiento político. Existen emociones compasivas y crueles. Muy a menudo éstas coexisten e incluso entrelazan entre sí. Un político hábil utiliza virtuosamente este método para alcanzar sus objetivos, no despreciando incluso los medios más sucios.

Dos esferas –la moral y la política– no pueden coincidir entre sí, pero de alguna manera deben tener aunque sea alguna forma de relación. La historia demuestra que el grado de esta relación en gran medida depende del poder, para ser exactos – del carácter y la conciencia del gobernante principal, ya sea un

monarca, presidente o primer ministro. Ellos marcan la pauta. Se puede recordar los nombres de muchos líderes políticos nobles de América Latina. Desgraciadamente, es más significativa la lista de dictadores militares, torturadores civiles y simplemente granujas, que fortuitamente se encontraron al timón del poder. Los estadistas del segundo tipo en su gran mayoría se distinguen por su perfidia e insolencia. En general la paleta política de los gobernantes malvados es muy diversa.

En la vida de cada individuo constantemente sucede una invisible coadición u oposición de las fuerzas internas: la razón dicta una cosa, los sentidos desean otra, la voluntad intenta de alguna manera organizar y conciliar los deseos opuestos. Predecir quien ganará en esta disputa, es difícil, sino más bien imposible. En la vida pública continuamente chocan las energías internas de una gran cantidad de personas. En consecuencia, se forma una especie de enorme vertedero tanto de voluntades individuales e intereses, como de las energías sociales colectivas. Estas últimas, como regla, resultan más fuertes que todas las aspiraciones particulares.

El espíritu popular y la política

El grado superior de la energía humana es la *fuera espiritual*. Esta sustancia mística es un singular espíritu combativo, coraje de las fuerzas vitales, valentía y disposición de arriesgar, indómito deseo de tomar su destino en sus propias manos, no bailar al son de la caprichosa fortuna.

Recordemos que en la cultura cristiana se habitúa distinguir tres espíritus:

- el Espíritu Santo como una singular tercera hipóstasis de Dios;

- el espíritu humano como la más alta prolongación del alma en conjunto con su razón, voluntad, sensibilidad, amor y las chispas de Dios, la aspiración a la perfección y lo celestial, a la libertad;

- el espíritu maligno como una invisible, pero clara influencia fantasmal o tangible de las fuerzas del mal, el diablo y sus secuaces antropoides.

Estamos acostumbrados a considerar la política como un fenómeno casi real y material, por lo menos no espiritual. Y esto se justifica por el hecho de que todas sus acciones se expresan en documentos concretos y hechos, en las labores del poder, partidos, medios de información masiva, en manifestaciones civiles de masas, etc. En la política realmente resplandeciente y progresista expresa la más simple y natural conexión con la energía del espíritu humano en su grado superior – el espíritu de la nación. Si este contacto no existe, toda la política degenera en un fantasma y en el autoengaño: el poder pretende que gobierna, el pueblo pretende que se subordina a su voluntad. Tarde o temprano sucede una explosión, y el espíritu de la nación sale afuera.

La Iglesia no niega la fuerza independiente del espíritu humano, pero implica algo derivado del Espíritu de Dios. Sin embargo, ahora nos interesa la calidad y carácter de la energía interna y libre del *propio hombre*. El espíritu no se mide y no puede ser detectado como algo real y visible, ya que es en sumo grado espiritual. Estas mismas características son típicas de los pensamientos, sentimientos, amor y todos los otros más delicados estados espirituales.

Se puede decir que el espíritu es una corriente continua de impulsos vivos, que ajusta todos los sistemas del organismo a uno u otro modo, a una u otra tonalidad. Bajo las cualidades

positivas del espíritu por lo general se sobreentiende un conjunto de diversas virtudes y características claras de la personalidad – prudencia, valentía, altruismo, orgullo, sentido del deber, optimismo, etc. En otras palabras –todo el espíritu del bien. Usando la metáfora de San Simeón el Nuevo Teólogo, podemos decir que este espíritu del hombre es “como el alma del alma”.

Bajo las manifestaciones negativas del espíritu se entiende la violación de los preceptos de Dios, de los valores omnihumanos, propensión al mal y la destrucción, incluso el asesinato y otras cualidades viciosas.

Para poder correctamente imaginarse cada uno de estos dos lineamientos, se suele dividirlos en personas individuales – “bueno” y “malo”, “bondadoso” y “malvado”. En realidad todas las oscilaciones del espíritu suceden en cada alma. Solo los santos superan completamente los malos vicios y tentaciones. Pero estos son muy pocos. La mayoría está expuesta a los ánimos tanto luminosos como sombríos. Precisamente esta dualidad del estado del espíritu daba por entendido Martín Lutero. La posición neutral o indiferente indica una total falta de espiritualidad. El estado general del espíritu dirige todos nuestros esfuerzos y acciones a algún propósito. Esto nos diferencia de los animales.

El concepto del espíritu desde hace mucho tiempo se utilizaba y se utiliza no solo por los teólogos, filósofos, poetas y músicos, pero también por muchas, o tal vez por todas personas comunes, estadistas y políticos. Estos últimos se cubren por el manto del “espíritu patriótico”, “espíritu de combate del soldado”, el gran “espíritu de la nación” y otras hermosas y nobles consignas. Tales expresiones pueden corresponder al estado real de la razón y mentalidad de los ciudadanos, pero

pueden ser usados para los intereses egoistas. Particularmente cínico esto se manifiesta en la política.

El espíritu saludable continuamente afina el sonido de la sinfonía de la vida, con todo eso bajo las condiciones objetivas cambiantes. El espíritu débil se desconcierta, corre de un lado para otro, salta de una tonalidad a otra, no observa la medida, etc. En consecuencia, el hombre pierde la capacidad del comportamiento razonable y útil, cae en un trance o “trastorno mental”.

El espíritu humano, por supuesto, no se limita a cualquier expresión política. Es más amplio, rico y dinámico que cualquier forma. Es libre, ya que se crea a si mismo sin tener en cuenta a las “autoridades” y postulados eclesiásticos. Más aun, la fuerza de los espíritus nobles de los héroes también después de su muerte continúa inspirando a la humanidad a nuevas hazañas.

La conciencia en el laberinto del bien y el mal

La conciencia pertenece a la clase de las más sutiles y elevadas energías personales. Desafortunadamente, no todas las personas, incluso las muy decentes, poseen plenamente esta recóndita calidad del alma. Ellos ignoran que sólo gracias a la conciencia se puede distinguir el bien del mal. La sociedad y el Estado siempre tratan de “promediar” la razón y voluntad de los ciudadanos, imponerles su moral. Muchos se inclinan a la subordinación de la moralidad individual y grupal a la ley absoluta del deber – el deber ante Dios, el Estado, la sociedad, la familia, etc. Cumplir con el deber quiere decir actuar según su conciencia.

La idea del deber resonaba con mayor claridad en el Antiguo Testamento. El Dios hebraico Yahvé legó a Moisés algunos

requisitos básicos de la Ley. Todos conocen estos Diez Mandamientos. Por su violación se establecían las más severas reglas, las cuales “consumirán los ojos y atormentarán el alma” (Levítico 26, 15-16). En una palabra, es algo a considerar seriamente: es mejor plenamente someterse a la voluntad de Dios y no tentar a la suerte.

Aproximadamente de la misma rigurosa manera enfocaban el concepto del deber ante los dioses y las leyes los filósofos griegos antiguos, y posteriormente los teólogos cristianos, los filósofos de la época del Renacimiento y todas las generaciones posteriores de los moralistas. Si has actuado mal, “la conciencia no te permite dormir tranquilo”, te atormenta el alma. Cada uno tiene su propia medida de escrupulosidad. Esta depende de muchos factores – el poder de la razón y la voluntad, el carácter, el desarrollo general de la mentalidad, el nivel cultural, la educación.

En la cultura europea, el concepto de “conciencia” está contenido por completo en el seno de la conciencia moral, por esto en los idiomas europeos no existe una palabra especial para la “conciencia”. En Rusia, bajo conciencia se sobreentiende no solo el origen intelectual, sino una intuición inconsciente, sutil sentido, sensación. El corazón más rápido que la razón siente por sí, donde está la verdad y la mentira. La conciencia es la voz secreta, el imparcial espectador y el juez.

El filósofo-moralista de mayor autoridad Immanuel Kant (1724-1804) en busca de la unificación del deber y la conciencia propuso la idea del llamado imperativo categórico – la disposición interna al cumplimiento del deber por buena voluntad.

El problema del deber como la más alta y única esencia de la moral fue considerado por el gran Georg Wilhelm Friedrich

Hegel (1770-1831). El se elevó sobre la “razón pura” del individuo, por la cual abogaba Kant, y propuso la idea de la “razón social” como encarnación de la “Razón Absoluta” (Dios). Hegel y muchos otros filósofos (Kant, Hobbes) partían de la tesis de que el hombre es más bien perverso que bueno. Si es así, él debe ser “rehecho”, “ya que él por naturaleza no es como debería ser”⁷. Esta opinión suena desagradable, pero en gran parte es justa. El espíritu humano está lejos de la pureza angelical e incluso demasiado a menudo maléfico. Yo no estoy hablando de la imagen transcendente de Satanás en su interpretación religiosa, sino sobre las más ordinarias y comunes, conscientes e inconscientes actos perversos de las personas, su carácter vengativo, el goce maligno en relación a las desgracias y el dolor de otros, incluso con el deseo de su perecimiento, etc. Nosotros no sabemos de dónde y cómo apareció el diablo (en la Biblia no hay ni una palabra sobre esto), e igualmente no sabemos cómo librarnos de sus tentaciones. Nikolái Aleksándrovich Berdiáyev llegó a decir que el “hombre realiza en si más la imagen de la bestia, que la imagen de Dios... es terrible no la bestia, sino el hombre que se convirtió en bestia”⁸.

El papel del principal curandero del alma humana manchada por el pecado, Hegel lo asignaba al Estado, ni siquiera a la religión y la cultura. Precisamente y solo el Estado, según sus palabras, es “moralmente en realidad la más alta esencia universal”. La verdadera bienaventuranza moral (Seligkeit) llega, según Hegel, solo cuando los ciudadanos honestamente y sin objeción cumplen la voluntad de las autoridades. En esencia, el filósofo se limitó a reiterar la idea de Thomas Hobbes (1588-1679) de que, en aras de la reeducación moral de las personas el Estado tiene derecho a la más “crueldad bestial”⁹. Un siglo

después de la muerte de Hegel sus compatriotas en su pellejo conocieron el verdadero Seligkeit del Tercer Reich. Si se enterara el filósofo de tal pena, él moriría por segunda vez, pero esta vez por los tormentos de su propia conciencia.

El hombre vivió, vive y al parecer siempre vivirá en una atmósfera saturada de fluidos del egoísmo y el altruismo, alegrías y penas, justicia y agresión. Son más apreciados los intereses terrenales – la ganancia, la eficiencia, el éxito, la propiedad, el poder, la egolatría, etc. Las nobles directrices espirituales muchos sinceramente las relacionan con la esfera del romanticismo, fantasías religiosas, trastorno mental. Pero incluso este enfoque demuestra la descomunal fuerza de la energía moral. Esta, recordando a Adam Smith, no está sujeta a la ley y por esto a menudo sufre de esta.

Lecciones del pasado y nuevos retos

Los razonamientos filosóficos abstractos son muy difíciles de trasladar al plano de la práctica real. Ellos están muy retirados de ésta, aunque se alimentan de la savia viva de la experiencia real. Es más fácil esconderse en las descripciones históricas o en las honduras de los interminables hechos de la vida actual. Más precisamente, no “esconderse”, sino extraviarse, enredarse en el torbellino de los tempestuosos procesos sociales. Elevarse sobre éstos y alcanzar la abstracción de todo es más difícil. El volumen, la calidad y forma de la realización de la energía humana difieren en el tiempo histórico y en el espacio. Más claro y amplio se manifiesta esto en las etapas críticas del desarrollo mundial.

Los finales del siglo XX y principios del siglo XXI fueron marcados por un profundo cambio de paradigma en la vida de

toda la humanidad. Para ejemplo, alegaré a ciertas experiencias en América Latina. En ésta, en la frontera de los siglos XX y XXI, debido a la quiebra del socialismo y el impacto de la globalización, se terminó la tradición del autoritarismo, y triunfó la democracia liberal. En una serie de países se marcó un “giro a la izquierda” en la dirección al fortalecimiento del sistema social de estado. Todo el siglo XX estuvo marcado por los más agudos y sangrientos conflictos, prevaleciendo la violencia en la economía y la política. Simultáneamente se desarrollaban algunas profundas contradicciones: entre las naciones latinoamericanas y extranjeras, particularmente contra la hegemonía estadounidense en la economía y la política; entre la conservadora oligarquía agraria-comercial que estaba en el poder y la joven burguesía nacional hambrienta de poder; entre la parte organizada de la clase obrera (partido comunista, sindicatos de “izquierda”, movimientos huelguísticos de masas) y el capital, entre campesinos y terratenientes, entre progresistas oficiales patriotas y el generalato reaccionario, entre los liberales y conservadores. El listado de este tipo de antagonismos puede continuarse: toda la existencia estaba impregnada de su energía.

Surgió una estable división de la sociedad en tres campamentos. La *minoría* ocupaba las posiciones radicales democráticas y patrióticas, tenía sus partidos de trabajadores, “sindicatos rojos”, periódicos, luchaba consciente y organizadamente contra el statu quo. En los años 20 del siglo pasado a la escena política salieron los grupos patrióticos de los oficiales brasileños progresistas encabezados por Luis Carlos Prestes (1922-1929). En Nicaragua contra la reacción y el imperialismo se pronunciaron los demócratas pequeñoburgueses liderados por Augusto Cesar Sandino. En Perú se desarrolló la lucha por la unidad de las fuerzas continentales antiimperialistas

partidarios del popular progresista Víctor Haya de la Torre. En los años 30 en una serie de países fueron creados frentes populares (Brasil, Chile, México, Uruguay), estallaron conflictos armados con las fuerzas de la reacción interna y externa. En todo el continente en los años 50-60 barrió una fuerte ola de los movimientos huelguísticos.

En el año 1959, se coronó la victoria de la revolución cubana. En los años 60-80 obtuvieron gran escala los movimientos insurreccionales-revolucionarios. La culminación de la lucha de liberación revolucionaria fue la revolución chilena de los años 1970-1973. Todos estos eventos encarnaron la más combativa y revolucionaria energía de las masas populares.

El segundo campamento representaba la corriente moderada del populismo nacional de composición pluriclasista. Este siguió la línea del “getulismo” brasileño de los años 30-40 y el “peronismo” argentino. A la cabeza de estas formas de energética patriótica estaban líderes carismáticos. En los años 60-70 a este papel pretendían algunos oficiales progresistas: Juan Velasco Alvarado en Perú (1968-1975), Omar Torrijos en Panamá (1968-1978), Alfredo Ovando Candía y Juan José Torres (1969-1971) en Bolivia, Guillermo Rodríguez Lara en Ecuador (1972-1976), Oswaldo López Arellano en Honduras (1972-1975). Desgraciadamente, todos los regímenes militares revolucionarios fracasaron. Sin embargo, la etapa de la energía “militar revolucionaria” hizo una importante contribución en la historia de América Latina.

El tercer campamento concentró en sí toda la energía “negra” de las fuerzas reaccionarias y profascistas. Ellos actuaron prácticamente en todos los países, reprimiendo por la fuerza la más mínima oposición y defendiendo los intereses de la oligarquía agraria y del gran capital extranjero y local. En los

años 60-70 en Brasil, Argentina y Uruguay se establecieron dictaduras militares-policiales. La culminación de la victoria de la “energética negra” fue el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en el año 1973 y el establecimiento del régimen de despiadada antidemocracia del “poder personal” del general Augusto Pinochet. Los años del terrorismo policiaco-militar infligieron un duro golpe a la democracia, del cual el continente aún no se ha recuperado totalmente. Y aunque finalmente la democracia liberal a finales del siglo XX – principios del siglo XXI triunfó, muchas tradiciones de la energía revolucionaria continental fueron prácticamente agotadas.

Se formaron completamente otras realidades políticas. Su carácter es determinado no tanto por la experiencia anterior, cuanto por nuevas circunstancias objetivas y subjetivas. Estas incluyen las siguientes:

- la globalización de la economía mundial y las relaciones sociales;
- la transición de la guerra fría entre dos sistemas a la cooperación internacional;
- el desarrollo del capitalismo nacional y la inclusión de muchos estados de América Latina en el grupo de los países capitalistas con nivel medio de desarrollo;
- la migración interna masiva y la emigración de la población activa;
- nuevas, más “pacíficas” formas de relaciones entre los trabajadores y los empleadores;
- la actualización de las tecnologías y la unificación de los procesos productivos;
- el desarrollo del comercio mundial;

- el crecimiento de la desigualdad social bajo las condiciones del régimen político liberal-burgués;

- la internacionalización de la cultura, moral, ideología y concepciones religiosas (si se permite así decirlo – “su aburguesamiento”);

- la revolución en los medios de comunicación masiva y otros.

Como resultado, la situación política general se tornó bastante diferente a la de la época del siglo XX. ¿Cómo, por ejemplo, se puede explicar la evidente disminución de la antigua agudeza de las contradicciones de clases y el declive del movimiento obrero? ¿Por qué perdieron todo el terreno bajo los pies los anteriores masivos y fuertes partidos comunistas? ¿Dónde están actualmente los sindicatos radicales de izquierda y los movimientos sindicalistas organizados? ¿Por qué se agotó el populismo patriótico? ¿Por qué razón el “antagonismo de clases” fue sustituido por la práctica común de “cooperación social”? ¿Cómo se puede explicar el desarrollo del colaboracionismo con el capital extranjero de parte de la burguesía y los intelectuales nacionales? Este tipo de preguntas son muchas, pero son difíciles de contestarlas.

En el sentido más general yo veo el principal motivo en la “descarga” natural de las baterías energéticas sociales. Ha llegado el momento de cambiar el paradigma del desarrollo histórico hacia unas más sutiles y flexibles relaciones sociales, hacia una relativa “reconciliación” de los enemigos políticos y la búsqueda de la ansiada hace mucho tiempo “paz de las clases”. Tal giro resultó ser preferible al explícito y violento choque de las fuerzas oponentes.

Bajo estas condiciones en algunos países, en el marco del constitucionalismo, recientemente se ha marcado el así llamado

giro hacia la izquierda. El cambio más radical ha tenido lugar en Venezuela gracias a la excepcional energía de Hugo Chávez y su carisma “bolivariano”. ¿Cómo se desarrollarán los eventos después de su muerte? Es difícil decir. Parece que el radicalismo de su “socialismo del siglo XXI” será reemplazado por el posibilismo, pero el rumbo patriótico general se mantendrá en gran parte sin cambios.

Y sin embargo, el “giro a la izquierda” no adquirió escala continental. Más aun, se puso en claro, que en sí mismo éste porta una gran carga de autoritarismo forzado y la inclinación al régimen de “poder personal”. Esta circunstancia engendró un movimiento bastante amplio de oposición contra las tradiciones del caudillismo político. Por ejemplo, en Venezuela en los últimos años de gobernación de Chávez.

Anteriormente, durante décadas un enorme papel en la radicalización artificial de los movimientos obreros y de liberación nacional jugó la “alimentación” política, moral, financiera y militar de parte de la Internacional Comunista y la Unión Soviética. En la ideología de las fuerzas radicales de izquierda dominaba la idea de la lucha por la “revolución mundial”. Después del colapso de la ilusión socialista llegó el momento de una sobria reevaluación de los valores. Las relaciones socio-políticas entraron en la zona de la tensión normal de la “corriente” en el diapasón de los 220-250 voltios.

Simultáneamente, mutaron cualitativamente las relaciones de la política exterior de América Latina. Se desarrollaron nuevas formas de cooperación con los EE.UU. y Europa, se fortalecieron los lazos de la integración latinoamericana. Un enorme cambio en la estructura y calidad del espacio energético-político se produjo después del derrocamiento de las dictaduras militares y sobre todo después de la derrota del “pinochetismo”.

Se puede decir, que para el principio del siglo XXI ocurrió y todavía ocurre la “europeización” del campo energético social latinoamericano. La “revolución continental”, sobre la cual con tanto entusiasmo escribió Rodney Arismendi, básicamente ha agotado sus fuerzas.

Pero, en el camino de la democratización y la libertad poco a poco comenzaron a surgir nuevos desafíos. En primer lugar es el rápido crecimiento de la diferenciación del nivel de vida entre la hinchada élite político-financiera y la parte trabajadora de la población. Una escala sin precedentes adquirió la criminalización total de la vida. En algunos lugares las fuerzas de los campos legítimos y criminales casi se igualaron. Si antes el mundo occidental vivía bajo el signo de la “amenaza de la Internacional Comunista”, actualmente, por así decirlo, todo el mundo vanamente une sus fuerzas contra la potencia de la “Narcointernacional” y contra los extremismos de todos los tipos relacionados con la misma. La pregunta es ¿Por qué en lugar del “fervor revolucionario” la juventud fácilmente y con interés roda al infernal pantano de la narcomanía y delincuencia criminal? Esto, aparentemente, se explica por el hecho de que la élite gobernante y los grandes negocios, secretamente y abiertamente alientan y a menudo alimentan este “giro a la derecha”. Ellos temen que tarde o temprano el sentimiento de revolucionarismo recapture el ambiente juvenil. Este desarrollo es muy probable: ya surgen nuevas formas de protesta (desfiles de gay, politización de los carnavales, afición a la crítica de las autoridades a través de internet, la aparición de las redes sociales que unen a las personas no indiferentes, el desarrollo de programas alternativos, etc.).

El proceso de socialización en la situación real puede adquirir tanto sentido positivo como negativo. La primera

opción significa la sublimación de la energía vital hacia arriba, es decir, la elevación del individuo, su perfeccionamiento. La segunda es el movimiento hacia abajo, la renuncia a los valores morales, la caída “al fondo” de la existencia criminal y antisocial. A veces ambos procesos pueden sustituirse unos por otros en el curso de la vida de un mismo individuo. La caída moral a menudo se oculta en una nobleza ostentosa. Actualmente, en todos los países, incluyendo América Latina, sucede una profunda transformación ideológico-moral y política. Cualquier aspecto que tomemos detectamos la presencia de la dolorosa “digestión” de las lecciones del pasado y la interpretación de los nuevos desafíos de la historia. Estos ahora no tienen un carácter local, sino más bien global, sometiendo bajo su voluntad la energía de toda la humanidad, la cual ha creado esta misma globalización, y ahora tiene que aprender a manejarla. Por el momento no se observan éxitos en este campo. Más bien, lo contrario. ¿Llegará, y cuando si llegara, tal etapa del desarrollo de la energía humana, que pueda realmente dirigir los procesos socioeconómicos objetivos, que sea capaz de armonizar la vida social, acabar con todo tipo de fenómenos dañinos e inmorales? La respuesta a estas preguntas nadie la sabe. Solo nos queda abrigar esperanza en lo mejor.

En conclusión quiero señalar lo siguiente: en la lucha contra las tendencias autoritarias y profascistas en América Latina y muchos otros países en la vanguardia de las fuerzas progresistas se nominan las clases medias urbanas. La clase obrera como si pasara al rumbo de la cooperación social con el capital. Nueva resonancia y alcance adquirieron los conflictos socio-étnicos e interreligiosos. Se muestran muy claramente los nuevos tipos de conflictos sociales, los cuales se puede llamar

convencionalmente como Internet-populismo. Las relaciones en red, la solidaridad de la juventud y los intelectuales, las manifestaciones masivas espontáneas de grupos de ciudadanos moral y espiritualmente vinculados pero institucionalmente desunidos, abierta y pacíficamente hacen frente a las nuevas formas dictatoriales de gobernación de la oligarquía y burocracia estatal. Los “verdes”, el alterglobalismo y muchos otros movimientos indican el despertar de una nueva y nunca antes vista energía política. Sus principales particularidades son cinco atributos:

- el principio de la resistencia no violenta;
- estructura pluriclasista de los participantes;
- carácter civil y no partidista de la solidaridad informal;
- debilitamiento de la tradición del antiguo liderazgo carismático de personas individuales, crecimiento de la motivación consciente colectiva;
- relaciones virtuales y directas de un gran número de personas, con excepción de Internet, no relacionadas entre sí.

Podemos concluir que la energía humana social y el espíritu humano se conectan cada vez más orgánicamente, formando una nueva poderosa corriente de la moderna noosfera política.

El hombre, mientras vive, se encuentra simultáneamente en el bien y en el mal, en el amor y en el odio, en la paz y en la guerra consigo mismo y con otras personas. Están presentes muchas cosas buenas y muchas cosas malas a la misma vez. Esta combinación de energías opuestas es muy natural y ha existido siempre. Solamente en la lucha solidaria contra los elementos de la vida el individuo se convierte en persona, se vuelve, como se dice, un Hombre con letra mayúscula. Su energía creativa madura y fortalece.

Como hace muchos años atrás señaló Piotr Chaadáyev (1794-1856), “privados de la comunicación con otros seres, nosotros pacíficamente estaríamos despuntando la hierba, y no razonaríamos sobre nuestra naturaleza”¹⁰. Con esta opinión no podemos estar en desacuerdo. Solo la racional y organizada energía del espíritu humano, tomada a nivel global, es capaz de llevar al mundo a la órbita de una nueva vida de todas las naciones y cada individuo. América Latina en esta noble causa hace unas grandes y útiles contribuciones.

¹ Диоген Лаэртский. О жизни и изречениях знаменитых философов. М., 1979. С. 375.

² Смит А. Теория нравственных чувств. М., 1977. С. 138.

³ Ibid. P. 142.

⁴ Más detalladamente ver: Коваль Б.И. Харизма и политика. Концепция с латиноамериканскими ликами // Латинская Америка, 2011. № 6.

⁵ Cita de: Бурлацкий Ф.М. Загадка и урок Никколо Макиавелли. М., 1977. С. 173.

⁶ Лютер М.О. О рабстве воли. См. приложение к изданию «Роттердамский Э. Философские произведения». М., 1986. С. 332.

⁷ Гегель Г.В.Ф. Философия религии в двух томах. М., 1977. Т. 2. С. 267.

⁸ Бердяев Н.А. О назначении человека. М., 1933. С. 311.

⁹ Гоббс Т. Сочинения в двух томах. М., 1989. Т. 1. С. 271.

¹⁰ Чаадаев П.Я. Философические письма. Сочинения. М., 1988. С. 52.